

opone resistencia á la unidad social. El que ama se refunde en el amado, se hace una misma cosa con él, vive en él y para él; porque, como dice San Pablo, la caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no se ensorbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira; todo lo cree, todo lo espera; todo lo sufre por el bien del objeto de sus sentimientos (1).

Continuemos, Señores, la demostracion. Al hablaros de la humildad en el discurso anterior, dije que el hombre vive de la idea, del sentimiento que ella enjendra, y de la accion que patentiza este sentimiento. Para que el hombre esté unido á otros, es preciso que haya entre ellos unidad de ideas, de sentimientos y de acciones. Solo el Catolicismo tiene esta unidad, y él solo, por consiguiente, produce la armonía y la paz por la caridad, que solo se halla en la unidad de la Iglesia, como dice San Agustín (2). La unidad de principios y de ideas en el Catolicismo, consiste en la fe. La fe católica es una. Recorred los pueblos: desde el centro del orbe Católico marchad á los extremos de Europa; atravesad los mares; penetrad en los bosques de América y en las pagodas de la India; llegad á los confines de la Australia; y allí, al último de los cristianos, preguntadle qué es lo que cree de Dios, y del hombre, y de Jesucristo, y de la Iglesia, y de la eternidad. Su respuesta es la misma que os dará el Romano Pontífice; la misma que vereis en los escritos de los Santos Padres; la misma que os explica cada dia el sacerdote católico. Esta unidad perpétua de ideas y de principios es el origen de la gran fuerza del Catolicismo. Preguntadle luego qué senti-

(1) I Corinth. XIII, 4, et seq.

(2) Charitas ista non tenetur nisi in unitate Ecclesiæ. (S. Aug., Serm. 6 in lib. 17 Homil.)

mientos le inspira esta fe: en todo el mundo vereis igual sentimiento, la esperanza, la caridad; porque la fe es la flor de la esperanza y la raiz de la caridad. Examinad sus acciones, sus ceremonias, y los actos de su Religion: do quiera los mismos sacramentos; do quiera el mismo culto; do quiera el amor, la caridad, el sacrificio de sí mismo por los demás. Es admirable esta uniformidad, esta unión. Los siglos nada han añadido al Catolicismo: las revoluciones nada le han quitado. Hé aquí por qué esta sociedad es grande, robusta, imperecedera: fuera de ella todo es fugaz. Al punto que los herejes se separan de la Iglesia para formar un cuerpo aparte, vedlos fraccionarse, dividirse, rechazarse, armarse y combatirse las fracciones. Levanta Lutero el estandarte de la rebelion contra la Iglesia Católica, y á poco sus discípulos enarbolan otro contra él. No pasan dos generaciones, cuando ya se cuentan muchas sectas protestantes; y á los tres siglos son más de trescientas las fracciones que se conocen de ellos. Para dar á conocer la corrupcion de los Romanos, dijo un escritor, que contaban los años, no por los Cónsules, que anualmente se sucedian en el gobierno, sino por las mujeres que repudiaban. Así tambien de los protestantes podemos decir, que pueden contar los años, no por la revolucion de los astros, sino por las revoluciones de sus principios religiosos, por sus cambios de fe. Y las creencias del protestante inglés, difiriendo de las del francés, y las de este de las del alemán y suizo, nos presentan, Señores, reproducida la confusion de lenguas en la torre de Babel. ¡Cómo es posible la union entre esos hombres! ¡Cómo es posible la unidad de sentimientos y de acciones! Solo se unen en una cosa: en el odio á la Iglesia Católica, á la cual todos se empeñan en arruinar. ¡Cómo es posible la duracion de esa sociedad herética! Por ello ha entrado en el período

de la disolucion, síntoma de la muerte: y abortando sectas filosóficas, cuando ya no puede darlas á luz religiosas, ha dado por fruto la indiferencia absoluta, la libertad de creer cada uno lo que le acomode, y de cambiar de creencias cada dia, y de obrar en consecuencia de estas creencias. El egoismo de la idea, el egoismo de la voluntad, el egoismo en todo, hé aquí su natural consecuencia. ¡Y esto es, hermanos míos, lo que en nombre de una libertad funesta quieren y piden para España, para la nacion Católica, hombres que se esfuerzan en probarnos que son los más amantes de sus glorias y los más entusiastas de su grandeza! Han olvidado la terrible verdad que encierra el oráculo antiguo: *Divide, et vinces*; divide, y vencerás. ¿No tenemos bastante con las divisiones, con las sectas políticas, que enjendran el ódio, las revoluciones y los crímenes, para que aún se quieran añadir otras divisiones más radicales, otros gérmenes de disolucion y de ruina? La union es la fuerza, la division es la muerte; y se nos quiere quitar, se hacen esfuerzos para romper el único lazo de union que nos queda, la única áncora de nuestra esperanza. ¡Y esto, dicen, para que seamos más grandes, más fuertes! Se nos quiere dividir para vencernos. ¡Qué será de nosotros!

Inmensa influencia ejercen en la sociedad las ideas religiosas, porque el sentimiento moral es el principio de accion en los hombres y en los pueblos. Hombres que difieren en sus ideas y se rechazan mutuamente, no pueden amarse, no pueden unirse. Hombres indiferentes en sus relaciones con Dios, deben serlo precisamente en las que se refieren á la sociedad; y ni la suerte de sus semejantes, ni el porvenir de los pueblos les importa. Sea satisfecho su egoismo; vivan ellos en el estado que su ambicion les propone; triunfe su idea; lo demás ¿qué importa? Así, Señores, se explican las discordias en las

familias, las revoluciones en los pueblos, la anarquía en las naciones. Sin unidad de ideas, no hay unidad de voluntades y de intereses; no hay caridad. El hombre nunca ama lo que se le opone, lo que mira como un obstáculo para la satisfaccion de su egoismo.

Volvamos la vista al Catolicismo, y veamos el efecto social de la unidad de origen, de interés y de destino que enseña al hombre, y de la uniformidad de ideas, de sentimientos y de accion que le distinguen. ¿Qué idea nos da el Catolicismo de la humanidad? Los hombres, dice, son la gran familia del Criador; los cristianos, la familia adoptada por los méritos del Redentor. Todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre, miembros de un mismo cuerpo. El interés de todos, es el mismo; la misma la suerte á que Dios los llama. Amaos, pues, mutuamente, dice Jesucristo; procurad el interés comun: no hagais á otro lo que no querais que se os haga á vosotros (1). Andad solícitos en conservar la unidad de espíritu con el lazo de paz. Sois un cuerpo, sed un espíritu, puesto que es una la esperanza de vuestra vocacion (2). Amad y conservad la caridad, que es vínculo ó lazo de perfeccion (3). Amaos, en fin, como Dios os ama. ¿Y cómo os ama Dios? Mirad, dice, que él se da á todos: haciéndose hombre, vertió su sangre por todos; pasó derramando bienes, hace salir el sol sobre el bueno y el malo, y llover en el campo del justo y del pecador (4). Haced lo mismo, y sed perfectos como el Padre celestial (5). Esto dice; ¿y qué más se necesita, Señores? Estudiemos sus consecuencias.

(1) Matth. VII, 12.

(2) Ephes. IV, 3.

(3) Coloss. III, 14.

(4) Matth. V, 45.

(5) Id. id., 48.

Apenas esta doctrina se promulga, cuando la Judea presenta un espectáculo nuevo. El pueblo cristiano ya no es un pueblo, es una familia; es más, dice el Libro sagrado, era una sola alma, un solo corazón, una sola voluntad (1). Arrojada, como una semilla fecunda, en medio de una sociedad gastada, esta doctrina reanima á la humanidad, y creciendo se extiende por el mundo, que la acoge como único principio que puede devolverle la grandeza y la felicidad: domina la tierra, y se repite lo que la Historia Sagrada nos dice de los descendientes de Noé: «La tierra tenía un solo labio, una sola voluntad (2).» Hacer la felicidad de todos, para encontrar la felicidad individual; hacer bien al pobre, para que el pobre devuelva la bendición y el amor; hacer bien á los inferiores, porque son hermanos; amar á los iguales, porque son hermanos; respetar á los superiores, porque son hermanos. Ya no hay diferencias para el hombre, dice San Pablo, porque no hay para Dios diferencia de griego y de romano, de bárbaro y de escita, de grande y de pequeño (3): todos son hermanos. El lazo que los une es la fe con la caridad. Así como en un edificio material, dice un Santo Padre, una piedra se une con otra, mediante el cemento ó argamasa, y todas juntas forman un solo cuerpo; así también en el edificio de Jesucristo, el cristiano se une al cristiano, mediante la caridad (4). Me he hecho todo para todos, dice el Apóstol (5); ¿quién padece y no siento sus penas? ¿Quién goza y yo no tomo

(1) Act. Apost. IV, 32.

(2) Genes. XI, 1.

(3) Rom. III, 23; X, 12.

(4) Sicut in corporali ædificio lapis ad lapidem cœmento mediante constringitur; sic in ædificio Ecclesiæ, christianus ad christianum charitate mediante connectitur. (Auct. imperf. Hom. 7 in Matth.)

(5) I Corinth. IX, 22.

parte en sus goces? ¿Quién me busca y no me encuentra? (1) Imitadme, como yo imito á Cristo (2); porque la caridad de Cristo nos apremia a amarnos mutuamente (3). ¡Qué armonía engendran estas palabras! La sociedad, Señores, no consiste en la reunión de los cuerpos, sino en la unión de los espíritus y voluntades; y esta unión es irrealizable sin el sacrificio del propio interés y de la propia voluntad; y este sacrificio no se concibe verdadero y durable sin la caridad.

Cuando el hombre medita estas verdades tan elevadas sobre el sistema antiguo de la sociedad, no puede menos de reconocer el pensamiento de Dios, el dedo de Dios. Cuando con suave influencia se apoderan del espíritu, siéntese este renovado en todo su sér. Esa criatura, que no amaba más que á sí, que no buscaba más que á sí misma, que abusaba de lo que era en perjuicio de los demás, ó esclavizada á su vez por una fuerza superior, agitaba con desesperación sus cadenas, y no soñaba sino en el modo de romperlas, no se busca ya á sí misma. Poseída de una pasión noble y santa, de la caridad, que le hace mirar á todos como hermanos, á los superiores como hermanos primogénitos dignos de respeto, á los inferiores como hermanos más pequeños, acreedores á su solicitud y su cariño, hace de sí misma una donación voluntaria para enlazarse y estar en íntima unión con todos ellos, sacrificando sus pretensiones y su egoísmo. Este espíritu de la caridad es el único que une á los hombres (4). Él forma los súbditos como forma los re-

(1) II Corinth. XI, 29.

(2) Philip. III, 17.

(3) II Corinth. V, 14.

(4) Charitas fraternitatis vinculum est, fundamentum pacis, tenacitas ac firmitas unitatis. (S. Cyprian. lib. de bono patientiæ, 15.)

yes. Nada cuesta obedecer al que ha oído las palabras de Jesucristo: «El que quiera venir en pos de mí, niegue-se á sí mismo como yo (1): hágase obediente como yo: pase derramando bienes como yo, á fin de conservar en la sociedad del tiempo una imagen de la sociedad eterna.

Desde el momento que el hombre renuncia su orgullo y su egoísmo, que es lo que Jesucristo nos manda renunciar, nace la union, nace el orden: ya no depende más que de Dios. San Pablo nos dice: «Todos estamos sometidos á las potestades superiores, porque toda potestad viene de Dios, y él es el que lo ha ordenado. Por ello, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. El príncipe es el representante, el ministro de Dios para el bien. Es necesario, pues, continúa el Apóstol, que le esteis sometidos, no por el temor, sino por un deber de conciencia; por la caridad. Dad á cada uno lo que le es debido: tributo á quien se debe el tributo; á quien temor, temor; á quien honra, honra. No debais nada á nadie, excepto el amor, que es debido á todos; porque el que ama á su prójimo cumple la ley (2). ¿Sabéis á quién dirige San Pablo estas palabras? A los orgullosos romanos, al pueblo que vivía con más ideas de dominacion y de independencia.

Así enseña el Catolicismo la obediencia por la union de voluntades, por la caridad. De la misma manera, Jesucristo, en su palabra y en su ejemplo, se hace modelo y maestro de los que mandan. Los príncipes de las naciones, dice á sus discípulos, dominan sobre ellas: vosotros no lo hagáis así, sino más bien el que quiera ser mayor, sirva á todos; el que quiera ser el primero, sea

(1) Luc. IX, 23.

(2) Rom. XIII.

siervo de todos, á imitacion del Hijo del hombre, que siendo Dios, no vino á reinar con el egoísmo, haciéndose servir, sino con la humildad, sirviendo á todos, y con la caridad, amando á todos hasta morir por ellos (1). De este modo, Señores, el trono del rey, la silla del juez, la cátedra del sábio y todo lugar de autoridad es un altar, donde el que lo ocupa se da todo por Jesucristo, se sacrifica todo por el bien de los demás; y los miembros todos del gran cuerpo, sacrificando sus bienes, su poder, su inteligencia y su vida por el bien comun, realizan el bello ideal de la perfeccion y de la felicidad social. No la busqueis fuera del sacrificio y de la union por la caridad que inspira el Catolicismo, y que quitando su dureza á la dominacion y á la sumision su bajeza, lo ennoblece todo con la pasion del amor, y enseña ser el más grande aquel que, desprendido de su egoísmo y consagrado sin reserva al bien de sus hermanos, vive para servirlos, muere para salvarlos.

Concluyamos la demostracion viendo en la sagrada Eucaristía la fuente inagotable de esta caridad, y por consiguiente, el más sólido fundamento de la union y de la felicidad social.

## SEGUNDA PARTE.

Todos los siglos han reconocido que solo el catolicismo es el árbol que produce la caridad, fruto que da vida social. Recordemos dos testimonios de esta verdad. Juliano Apóstata, consagrando todo su poder á resucitar el

(1) Matth. XX, 25 ad 29.